

TRES VECES DALLAS

EL FERRO

BROTAN los mismos temas que hace dos meses, cuando saltó el chorro de sangre de Martin Lutero King en la ciudad de Memphis. Las mismas condenas al asesinato político, las mismas acusaciones al culto a la violencia, a la venta pública de armas, al clima de odio. La repetición da un nuevo énfasis, nuevo dramatismo, al caso: el asesinato, se dice, entra en los hábitos políticos de los Estados Unidos. Es un factor que multiplica la angustia. Hay otros factores secundarios, anecdóticos: la lucha de los Kennedy contra el destino, la muerte violenta del hermano que había continuado la lucha del caído, la espera del tercer hermano, Edward, para seguir adelante: con estas tramas componía Sófocles las crónicas trágicas de la dinastía de los Atridas. Entonces, la mano de la muerte era la del Destino inevitable, la voluntad de los dioses. Ahora tiene nombres propios. O el nombre genérico de una conjura.

¿Quién ha matado al senador Robert Kennedy? Un oscuro jordano que trataba de vengar los países árabes. Es la versión directa. No se acepta. Se imagina que es una cobertura. Un árabe —dice la lógica— que hubiese querido hacer algo por su patria hubiera tenido otros muchos objetivos humanos más directos, más culpables y más activos, en ese sentido, que el senador Robert Kennedy, sobre cuya persona se cruzaban intereses más potentes, odios más antiguos y temas más actuales. Tras ese árabe, ¿qué había? Si en la sala donde se cometió el crimen no hubiese estado, por coincidencia, un campeón de carreras a pie que detuvo al asesino en su fuga, ¿se le hubiera capturado alguna vez? ¿Se hubiera conocido la motivación? ¿Hubiera sido la Policía de Los Angeles más eficaz que la de Dallas? ¿Será ahora la justicia más esclarecedora que lo fue la comisión Warren? Preguntas más bien inútiles. Se busca quién armó la mano del árabe. Se responde: una sociedad que rinde culto a la violencia.

¿Es otra desviación del tema? Ciertamente, la sociedad americana es una sociedad violenta. Se habla entre los sociólogos de los residuos de una «mentalidad de frontera» —es decir, de las luchas fundacionales del país, diez mil veces reproducidas en los «westerns»; se habla, como lo hace Max Lerner, de la existencia de «un clima de violencia, un clima de frustración, de angustia emocional, de odio», que impregna la sociedad americana. Es el país donde se comete el mayor número de crímenes del mundo. Diez mil asesinatos al año; uno cada cincuenta y dos minutos. Una tasa que, siendo aterradora, supone un cierto progreso sobre la época de los gangsters, los años treinta, los años de «Bonnie and Clyde»: doce mil muertes violentas al año con cincuenta millones de habitantes menos. Es un país donde se puede comprar libremente cualquier clase de armas de fuego y hasta ahora no se ha podido evitar por ninguna ley: las obstruye todas el «lobby» de sus fabricantes —un «lobby» es un grupo de presión que actúa sobre los congresistas—. Todo ello es cierto.

Es cierto, también, que hay una violencia política activa. Existe

la guerra del Vietnam, las escuelas de adiestramiento de los «marines», los disturbios raciales, los «gangsters» instalados, después de haber ganado la batalla de los años treinta, en centros de poder —como Jimmy Hoffa, amo del sindicato de camioneros, perseguido implacable pero inútilmente por Robert Kennedy desde el Ministerio de Justicia— y una cierta floración de la paranoia en los «asesinos solitarios» que cometen crímenes masivos. Existe un sadismo pasivo, como el de los treinta y ocho testigos que en 1964 vieron asesinar y morir lentamente a una muchacha, Kitty Genovese, durante media hora, sin hacer nada por socorrerla; o los que contemplan cómo un presunto suicida vacila antes de arrojarse desde lo alto de una cornisa o de un balcón y le gritan: «¡Salta, salta!».

De toda esta masa de datos se puede hacer un diagnóstico de una sociedad, pero no es suficiente. El clima de violencia es un fermento. No es una justificación. La sociedad americana es una sociedad agónica. Vive una serie de contradicciones. Las ha vivido siempre. Es una sociedad agresiva. Cuando canaliza su agresividad por ciertas vías constructivas, da fabulosos resultados aparentes: la conquista del espacio, la creación de grandes empresas, la agilidad comercial, son productos de su agresividad. La vida política que llamaremos normal, la lucha política, está impregnada de esa agresividad: el primer Kennedy muerto lo escribió en un libro, «Profiles in courage», donde se refería al valor cívico necesario para prestarse al servicio político de la patria. La violencia y la agresividad de los Estados Unidos se canalizan, cuando pueden, por vías institucionales. Cuando no pueden, se resuelven en situaciones cálidas, como los disturbios raciales o la guerra en el Vietnam. Son tensiones propias de un sistema económico, más que de factores históricos.

Pero me parece erróneo, y aun sospechoso, aplicar este tema común de la violencia a los asesinatos políticos en serie, del cual es el último —hasta nueva orden— el del senador Robert Kennedy en Los Angeles, muerto tras las veinticuatro horas de suspensión de ánimos que siguieron a sus heridas. La llamarada de un disturbio racial, la furia de un «marine» en el Vietnam —aun imaginándole en el acto de torturar a un prisionero— tiene escasa relación con la violencia fría y premeditada de los asesinatos políticos. El asesino o los asesinos apostados a distancia con fusiles de mira telescópica para matar al Presidente de la nación, o al dirigente de la lucha negra no violenta; el individuo apostado en una carretera esperando el paso de un cortejo para disparar contra Meredith; el que se mate en una comisaría para silenciar para siempre a un asesino-testigo o en la conferencia de prensa de un candidato triunfante no son fácilmente clasificables entre los elementos pasionales de una sociedad. Su perfil moral pertenece generalmente al substrato, al submundo, de una sociedad enferma. La exactitud con que colocan sus balas en el cuerpo de sus víctimas revela una cierta profesionalidad, un cierto adiestramiento. No corresponde al pulso alterado de unos pasionales.



ROBERTO BLANCO

Por otra parte, sorprende muy notablemente que la violencia del asesinato político corresponda únicamente a un sector de la sociedad. Todos los asesinados de los últimos años se sitúan precisamente en el campo que, con un sentido muy genérico, muy amplio, llamaremos la izquierda. Son los que se oponen a la continuación de la guerra, a la discriminación de las minorías raciales, a la desigualdad en el reparto de la riqueza. Sólo se puede hacer la excepción de Rockwell, jefe del partido nazi; pero Rockwell fue asesinado por otro nazi, precisamente por su lugarteniente, y por razones de luchas intestinas en el pequeño y feroz partido. No es fácil comprender por qué si la violencia y la agresividad son enfermedades colectivas del pueblo americano sólo se manifiestan en la extrema derecha, mientras sus propios políticos pasan por la vida predicando la guerra y sin exponerse a un solo balazo.

Podría explicarse este intrigante fenómeno por el hecho de que son precisamente las organizaciones belicistas y de extrema derecha las que predicán a sus afiliados la violencia o crean, al menos, la ansiedad. Las ansias de la derecha, el clima de traición y de sospecha de los elementos conservadores, fue cuidadosamente prefabricado por los dirigentes de la guerra fría, por la sensación de estar «al borde del abismo» que sostuvo Foster Dulles —entre otros— como preparativos para un enfrentamiento con la URSS, que nunca se produjo. El otro McCarthy, el funesto senador Joe McCarthy, introdujo en el país la sensación de la traición continua, el miedo a los espías y a los traidores. No vaciló en acusar de comunistas a personajes como Douglas McArthur, el general que condujo la guerra de Corea. Esta sensación de estar entreverados de enemigos se sostiene entre americanos de nuestros días y se resuelve en la acusación genérica de «comunismo». John Kennedy fue acusado de comunista; lo fue su hermano Robert, lo ha sido el juez Warren, los senadores Fulbright y Mansfield. Un reciente libro, «Operación Topacio» —autor, León Uris— acusa de comunista al general De Gaulle, que acaba de ponerse el uniforme tanquista de Patekos para introducir en Francia el mismo malestar anticomunista. Una serie de partidos y sociedades tienen como base el anticomunismo violento. El Ku Klux Klan, promotor organizado de linchamientos de negros; la sociedad John Birch; los «Minutemen», que realizan entrenamientos paramilitares partiendo del supuesto de que el país está en manos de traidores y, por lo tanto, es inevitable su caída en el comunismo, lo cual les hace prepararse desde ahora para la lucha de guerrillas; el partido nacionalsocialista... Oigamos al «führer» Rockwell, poco antes de ser asesinado: «Creo que la cámara de gas va a ser la única solución para el problema de los traidores comunistas en América». El problema del anticomunismo tal como se ha propagado en la sociedad americana, o como intenta ahora introducirlo De Gaulle en Francia, no es el de la lucha política o militante contra un partido, sino el de la aplicación del calificativo de comu-

nista a todo el que no piensa como uno, llámese Robert Kennedy o François Mitterrand. Escuchemos al historiador Schlesinger: «Siempre hemos creído con demasiada facilidad que los complejos acontecimientos históricos son el resultado de las maquinaciones de reducidos grupos de personas malvadas». Esto es lo que Richard Hofstadter ha denominado «el estilo paranoico de la política norteamericana».

Quizá sea caer en el mismo vicio que denuncia Schlesinger, pero el denominador común de las personas asesinadas, la frecuencia de los asesinatos, la coyuntura histórica de cada uno de ellos, hasta las circunstancias materiales, policíacas, en que se han desarrollado, hacen pensar inevitablemente en la «maquinación de grupos de personas malvadas». Se ve la conducción de un terror lento. Un «Terror Blanco», por seguir la definición iniciada cuando Luis XVIII regresó al poder después de Waterloo. Pero si el Terror Blanco de Luis XVIII ocasionó millares de víctimas en poco menos de un año y medio, o el «Terror Rojo» de Robespierre mató a mil quinientas en un verano, este Terror Blanco de los Estados Unidos no necesita más que dejar caer, de cuando en cuando, una cabeza ilustre o visible; para cambiar una coyuntura, pero también para dejar señal y advertencia, para aterrorizar a quienes quieran seguir el mismo camino.

A pesar de su asesinato cada cincuenta y dos minutos, a pesar de haber matado cuatro de sus treinta y cinco Presidentes y haber intentado matar a otros cuatro, a pesar de su clima de violencia y frustración, me es difícil culpar a la sociedad americana de este nuevo crimen. Ni siquiera a su sistema «paranoico». Sería una injusticia, y lo más flagrante quizá de esa injusticia resultaría incluir a las víctimas en la misma categoría que sus asesinos. Por eso me parecen sospechosas, aberrantes y, al menos, cobardes, las tendencias de desviación que hace la propia administración americana, por una parte individualizando el brazo del crimen como motivación única, por otra, deglutiendo al proceso del terror lento dentro del clima general de violencia americana. La larga, lenta, inconcluyente comisión Warren, creación administrativa típica, tiene ahora su réplica en la desmayada creación de un Comité para el estudio de la violencia en los Estados Unidos, creado por el Presidente Johnson cuando daba sus últimos estertores el senador Kennedy en un hospital de Los Angeles. No puede darse mayor sensación de impotencia. Preside el Comité Milton Eisenhower, un oscuro profesor de Universidad que debe la mayor parte de su fama al apellido de su hermano. Quizá el propósito sea el de buscar una personalidad republicana para despajar al partido de la oposición de cualquier sospecha de participación en el asesinato. No creo que nadie la haya sostenido nunca. El problema de la política americana, de la degeneración de la democracia americana, está en que los grupos de presión, el «establishment» y los núcleos de intereses gobiernan por encima de los partidos, les doblegan a sus ambiciones. ■ E. H. T.